PIÑERA Y LA POLÍTICA: ESCRITOS EN *REVOLUCIÓN Y LUNES*

POR

THOMAS F. ANDERSON
University of Notre Dame

Hoy por hoy el escritor cubano es una realidad tan palpable como el obrero y el campesino con todos los deberes y derechos de éstos [...] El escritor cubano, por ser un producto de la Revolución, está en el deber de reflejarla.

Virgilio Piñera, "Nueva imagen del escritor cubano"

Hasta el treinta y uno de mil novecientos cincuenta y ocho [Cuba] era la mansa ovejita del manso rebaño; porque nos limitábamos a malvender nuestro azúcar, porque permitíamos que nuestras tierras fueran usufructuadas por los vecinos del Norte, porque nos gobernaban a través de quislings vendidos a su oro [...] Parece que los americanos desoyen las lecciones de la Historia; con mente típicamente feudal se empeñan en hacer perdurar una situación que hace rato está en el mundo puesta al lado.

Virgilio Piñera, "Infierno inesperado"

Para la gran mayoría de los intelectuales cubanos, el triunfo de la revolución en 1959 fue motivo de gran entusiasmo. La victoria de Fidel Castro y sus fuerzas rebeldes sobre Fulgencio Batista no sólo generó en ellos la esperanza de que el país finalmente saldría de una era de frustración, opresión y corrupción política, sino que también representó la clara posibilidad de un renacimiento de las artes, lo cual liberaría a Cuba de décadas de atraso cultural. En los días eufóricos de la primera fase de la revolución, a través de sus trabajos creativos, sus artículos y sus editoriales publicados en diferentes medios, muchos autores que habían experimentado la decadencia de la cultura durante la dictadura, y otros que habían regresado de un exilio autoimpuesto, expresaron su apoyo al nuevo gobierno y a las

reformas radicales que éste llevaba a cabo en el terreno de lo social, lo económico y lo cultural. Dos de los medios donde se dieron a conocer aquellas opiniones fueron el periódico *Revolución*, órgano oficial del Movimiento 26 de Julio, y su suplemento *Lunes de Revolución*, que apareció por primera vez en 1959 y que constituyó una publicación literaria de vanguardia.

El primer número de *Lunes* dio a conocer un editorial que sintetizó el punto de vista, compartido por muchos, de que la revolución era una fuerza liberadora que finalmente haría posible para los artistas e intelectuales convertirse en participantes de la vida y la política de la nación: “Ahora la Revolución ha roto todas las barreras y le ha permitido al intelectual, al artista, al escritor integrarse a la vida nacional, de la que estaban alienados” (“Una posición”). Como muchos de sus colegas, Virgilio Piñera también dio la bienvenida al triunfo revolucionario y vio los momentos inaugurales de éste como un signo favorable de que habría cambios positivos en muchos frentes. A pesar de su consistente apoyo, Piñera, junto con otros escritores de su generación, fue criticado por no haber tomado parte en la lucha contra Batista y por haber escrito una literatura escapista que eludía la realidad política. Esta imagen negativa de un intelectual pesimista que había desdeñado la política a lo largo de su carrera hizo creer a muchos de sus detractores que Piñera nunca estuvo comprometido con la revolución y con muchas de sus campañas.

Motivados por la falsa suposición de que el autor estaba desencantado de las transformaciones revolucionarias, los primeros críticos de su obra *El gordo y el flaco*, estrenada en los primeros meses de 1959, interpretaron erróneamente este importante texto, considerándolo contrarrevolucionario porque no representaba la intensidad social del momento. Sin embargo, como he explicado en otro sitio, el supuesto fallo de Virgilio Piñera en expresar un sentido optimista irrestricto en estos primeros años de la revolución simplemente desestima el hecho de que él era un realista que estaba consciente de que terminar con décadas de decadencia económica, social y cultural y de corrupción política no sería fácil (véase Anderson, “Hunger and Revolution...” 23-38). También creía —como Fidel Castro y sus compañeros de la Sierra en los primeros meses de 1959— que la revolución todavía tenía muchas batallas por ganar, y que estaba bajo constante ataque de sus enemigos.

Con *El gordo y el flaco*, Piñera expresó magistralmente la inseguridad que muchos cubanos sentían, e implícitamente alertó al nuevo gobierno y a sus compatriotas a mantenerse atentos a las trampas del pasado. Aquellos que han interpretado la obra como un texto fatalista que destaca el escepticismo de su autor y su falta de confianza en la revolución pasan por alto el hecho de que, a través de *El gordo y el flaco*, Piñera condenaba las décadas de enfermedad política y social que plagaron a Cuba, antes que pronosticar el futuro incierto del país.¹ Durante el período de

¹ Véanse González Freire 162; Aguilú de Murphy 31; Montes Huidobro 224; González Cruz 55.

escritura de la obra y por más un año después de su estreno, en septiembre de 1959, Piñera tenía confianza en que Fidel Castro maniobraría para evitar la corrupción y el gangsterismo que trajo el derrumbe de sus predecesores.

Aquellos que cuestionaron el compromiso de Piñera con la revolución durante la primera fase de esta parecen haberlo juzgado a través del prisma distorsionado del presente o habiendo obviado la cantidad de artículos publicados en *Revolución* y *Lunes* entre enero de 1959 y los primeros meses de 1961, en los cuales él reveló su entusiasmo como escritor en Cuba, su firme apoyo a Fidel Castro y la revolución, y su creciente descontento con los Estados Unidos y sus ambiciones imperialistas en Cuba y América Latina. En las páginas que siguen me concentraré en varios artículos y editoriales publicados por Piñera en *Revolución* y *Lunes* durante los dos primeros años de la revolución, los cuales considero de los más importantes escritos por el autor, aunque de los menos estudiados.

En mi reciente libro *Everything in Its Place: the Life and Works of Virgilio Piñera* subrayo el significado de los artículos y ensayos piñerianos –cerca de doscientos– y argumento que muchos de ellos son “claves importantes para entender su largo extrañamiento con respecto a los círculos intelectuales cubanos y argentinos”. En el mismo estudio igualmente afirmo que Piñera fue “un polemista, un provocador y un maestro del contradiscurso” (9) que constantemente buscó ir contra la corriente. Aunque todavía mantengo estos puntos de vista, quiero demostrar en este ensayo que, en términos de su pensamiento político, durante la primera fase de la revolución cubana, Piñera encajó dentro de la tendencia principal de ésta.

Como ensayista y crítico cultural fue conocido por sus finos e irreverentes ataques contra autores e intelectuales, instituciones sagradas y publicaciones respetables, pero también dedicó una gran cantidad de artículos y editoriales a temas políticos. En los párrafos que siguen me dedicaré sólo a aquellos que celebran la revolución y sus reformas sociales y culturales, así como a los que critican a los Estados Unidos, su pasado imperialista y sus constantes intentos por descarrilar a la revolución cubana y desviarla de las libertades ganadas.

A FAVOR DE LA REVOLUCIÓN, EN DEFENSA DEL YO

La primera contribución de Piñera en *Revolución* apareció el 15 de enero de 1959, sólo una semana después de que Fidel Castro y sus compañeros llegaran triunfalmente a La Habana. El título, “Nubes amenazadoras”, podría fácilmente hacernos creer que el artículo presenta una perspectiva negativa de la revolución en sus primeros días, es decir, como una tormenta amenazante en el horizonte. Sin embargo, en las líneas iniciales Piñera claramente explica que ha escogido el título para reflejar el contenido de uno de los primeros discursos de Fidel Castro –que había visto en la

televisión en una transmisión en vivo— pronunciado en el Campamento Militar de Columbia (luego renombrado Ciudad Libertad por el gobierno revolucionario) en La Habana, en la madrugada del 9 de enero de 1959. Como Piñera escribió, “El discurso del comandante Castro, pronunciado en Columbia ante una gran multitud, no fue otra cosa que una llamada al orden. Si tuviera que darle título a tal severa advertencia sugeriría éste: Nubes amenazadoras”.

En este discurso, considerado “la primera aparición pública del líder de Cuba” (Szulc 469), Fidel Castro llamó a la unidad de los cubanos y les pidió a sus compatriotas que moderaran su entusiasmo y evitaran la complacencia porque el país se hallaba en una difícil encrucijada histórica:

La alegría es inmensa, observó, sin embargo, queda mucho por hacer todavía. No nos engañamos creyendo que en adelante todo será fácil; quizás en adelante todo sea más difícil. [...] [E]stimo que al pueblo hay que alertarlo contra el exceso de optimismo [...] al parecer se ha conquistado la paz; y, sin embargo, no debemos de estar optimistas. (“Ciudad Libertad”)²

Aquellos predispuestos a buscar sutilezas en los escritos de Piñera pueden pensar que “Nubes amenazadoras” es un editorial negativo, puesto que el autor admite abiertamente que estaba preocupado por el hecho de que la revolución pudiera fracasar, como había sucedido con otras muchas batallas en el tumultuoso pasado del país. Es importante notar, sin embargo, que las preocupaciones de Piñera eran las mismas que el propio Fidel Castro había compartido con el pueblo cubano en su discurso del Campamento Militar de Columbia. Castro había señalado, por ejemplo, que la revolución contra Machado había fracasado precisamente debido al gangsterismo y las riñas dentro de las varias facciones anti-machadistas, y alertó que lo mismo pasaría a la revolución presente si el pueblo no era capaz de unirse. Así lo expresó: “quizás uno de los males más grandes de aquella lucha [contra Machado] fue la proliferación de los grupos revolucionarios, que no tardaron en entrarse a tiros los unos a los otros [aplausos]. Y en consecuencia lo que pasó fue que vino Batista y se quedó once años con el poder”.

Virgilio Piñera, por su parte, repitió varios comentarios y consignas tomadas del discurso de Castro —el que celebró por ser el primer discurso honesto dicho por un líder cubano moderno—, a las cuales sumó su propia denuncia de las luchas por el poder que emergieron entre los grupos aliados después de la caída de Machado: “¿Cómo surgió el gangsterismo político en Cuba? Pues nació de la pugna de los

² Todas las citas de Fidel Castro son tomadas de *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba*. La página web puede ser vista en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/index.html>. La dirección URL de los discursos específicos está incluida en la bibliografía.

bandos en lucha. Después de la caída de Machado –enemigo común– todos y cada uno de estos luchadores aspiró al poder [y] las pandillas se trabaron en singular combate” (4). No obstante, para enfatizar que sus propias inseguridades sobre el futuro reflejaban las de Castro mismo, Piñera recuerda a sus lectores que el líder cubano le había dado a la gente abundantes razones para estar en guardia durante tan importante y peligroso momento de la revolución:

El doctor Castro habló de armas robadas, de liderillos, de ambiciosos [...] y pronunció claramente la palabra gangsterismo. [...] Y es por todo esto, y no por los consejos de España, que el doctor Castro se haya visto obligado en la misma noche de su entrada triunfal en la capital a poner puntos sobre las íes y dar a conocer al pueblo que existe de hecho una gravísima situación planteada. (4)

Aquí Piñera se estaba refiriendo, entre otras cosas, a la revelación de Castro acerca de que miembros del Directorio Revolucionario, una facción independiente que había lanzado una lucha urbana contra Batista, estaba ahora reuniendo armas con el objetivo de derrocar al nuevo gobierno. Estas inquietantes informaciones, junto a los numerosos rumores de conspiraciones contra la revolución, justificaban suficientemente las profundas preocupaciones de Piñera de que la historia cubana se repitiera y posiblemente sugirieron la siguiente pregunta, que colocó al final del editorial: “¿Esta [revolución] será como las de antes?” Aunque no ofreció una respuesta directa a esta pregunta, que tantos cubanos seguramente estaban sopesando, Piñera concluyó estimulando a sus lectores a tener esperanza en Castro y sus compañeros rebeldes. Mientras reconocía que la desconfianza y la desilusión, producto de décadas de corrupción política, no podían desaparecer de la noche a la mañana, admitió que los cubanos tenían miles de buenas razones para esperar que la presente revolución fuera diferente de aquellas del pasado.

El tono predominante del primer editorial de Piñera en *Revolución* fue de cauteloso optimismo, y reflejó claramente las palabras que el Comandante en Jefe había compartido con el pueblo la semana anterior. Entonces, es importante tener en cuenta que, aunque Piñera no fuera excesivamente entusiasta durante los primeros días del triunfo revolucionario, a los cuales en otro artículo llamó “mitad paradisíacos, mitad infernales” (“La inundación” 13), su actitud se mantuvo en línea con el cauteloso optimismo expresado por Castro en su primer discurso. Además, en este artículo y en muchos de los que seguirían en *Lunes*, Piñera reveló su profunda admiración por Fidel Castro y, al mismo tiempo, aludió a su confianza en que el líder cubano finalmente cumpliría con lo que en el párrafo final llama “los sacrosantos principios de la Revolución” (“Nubes amenazadoras”).

Después de la publicación de “Nubes amenazadoras” pasarían seis meses antes de que Piñera escribiera otro artículo para la misma publicación, pero en junio de 1959 ya tenía una columna semanal –*Puntos, coma y paréntesis*– que era leída por miles de suscriptores de todas las escalas sociales.³ Durante más de un año, publicó al menos un artículo semanal en el periódico y en *Lunes de Revolución*, su suplemento literario. Puesto que Piñera ha sido frecuentemente descrito como un autor que evitaba la realidad cubana y que desdeñaba la política nacional, será sorprendente para algunos lectores modernos que, de sesenta artículos y editoriales que escribió para *Lunes* entre junio de 1959 y julio de 1960, cerca de una docena fueran sobre temas políticos, desde una crítica de Machado y Batista, pasando por el elogio de Fidel Castro y la revolución, hasta la condena de los Estados Unidos y sus intentos por desestabilizar el proceso revolucionario. También, numerosos textos revelan el apoyo inequívoco a la revolución a través de su frecuente celebración de las reformas culturales y de las muchas referencias al desarrollo de los escritores y artistas en la Cuba revolucionaria.

En “Literatura y Revolución” Piñera elogió la promoción de las artes por parte del nuevo gobierno y al mismo tiempo llamó a los escritores cubanos a comprometerse con la revolución, puesto que ésta había hecho mucho por ellos. Además, celebró lo que veía como una de las grandes virtudes de la vida en la nueva Cuba; a saber, que los escritores y artistas eran finalmente libres para expresarse como lo consideraran apropiado. Piñera argumentó que un escritor podía demostrar su compromiso de muchas maneras, y elogió al gobierno por no obligar a los escritores a practicar lo que llamó el postulado marxista clásico, “La literatura al servicio de la Revolución”:

La Revolución ha prestado un grandísimo servicio al escritor: lo ha sacado del impasse esterilizante en que se encontraba para colocarlo en un plano de confrontación inmediato consigo mismo y con su propio pueblo.

¿Quiere decir esto que el escritor cubano tenga, de hoy en adelante que escribir sus libros según consignas? ¿Que reciba órdenes perentorias, que tenga que amoldarse a los temas que le señale la Revolución? Para evitar malentendidos (¡y cuántos no se originan día por día!) diremos que la propia Revolución no ha pensado por un momento dar pautas al escritor, en consignarlo a escribir lo que ella quiera. La revolución quiere más y más tractores pero no ha dicho al escritor que haga odas al tractor o que escriba una novela sobre la Reforma Agraria.

Aunque, a la luz de la severa represión contra los intelectuales y las expresiones artísticas que se materializaría a mediados de 1961, las palabras de Piñera pueden

³ El periódico oficial del gobierno revolucionario tenía una circulación de alrededor de 100.000 ejemplares en 1959, y alcanzó 250.000 en los meses finales de 1961.

parecer muy irónicas, tienen que ser leídas en su propio contexto. Sin duda, éstas dan cuenta de la realidad, frecuentemente ignorada, de la primera fase de la revolución. Es decir, que los autores cubanos sí disfrutaron de libertades y vieron posibilidades con las cuales sólo podían soñar antes del 1 de enero de 1959. Además, los comentarios de Piñera ilustran como pocos cuánta fe él tenía en la revolución en sus primeros años, así como su agradecimiento por los cambios radicales en su propio estatus como escritor en la Cuba nueva.

En muchos artículos Piñera combinó sus elogios con consejos acerca de cómo los artistas e intelectuales podían expresar mejor su deuda con la nueva situación. En “El arte hecho Revolución, la Revolución hecha arte”, por ejemplo, aplaudió al gobierno revolucionario por reemplazar la imagen nacional de despilfarro y fragmentación por una de fuerza y estabilidad, pero concentró su atención en las ganancias de los artistas e intelectuales en Cuba. Se maravilló del hecho de que los artistas no fueran vistos ya como sujetos excéntricos que no contribuyen nada a la sociedad, y dio gracias a la revolución por haberlos liberado de lo que llamó “las cien humillaciones cotidianas”. Piñera insistió en que, puesto que el estatus de los artistas de todo tipo había mejorado drásticamente –argumentó, por ejemplo, que un poeta ahora ocupaba el mismo nivel que un ministro de gobierno o un miembro de la clase obrera–, éstos necesitaban pagar su cuota defendiendo la revolución, comprometiéndose con ella y, lo más importante, expresando en su obra la fuerza y belleza de aquélla:

el nuevo escritor de nuestro momento debe y tiene que vivir en peligro, comprometerse mañana, tarde y noche y [...] expresar en su obra la hermosura viril de la Revolución. Esa hermosura está allí, todavía intocada, inexpressada. ¡Pero si es un cuerno de abundancia!: nuevos mitos, nuevos símbolos, la montaña, el llano, las barbas, el clandestinaje, los héroes, las torturas, los chivatos, los planes de invasión, los contrarrevolucionarios, las asechanzas del exterior, las incursiones aéreas y hasta esos nuevos peligros y esas nuevas esperanzas que están por nacer.

Es, por supuesto, irónico que, en su ardiente llamado a los escritores a expresar la “belleza viril” de la Revolución en sus obras, Piñera, involuntariamente, llamara la atención sobre el hecho de que en su propia escritura –con la excepción de los artículos en *Revolución y Lunes*– no celebrase el tipo de imágenes al que se refiere en su artículo. Esta aparente inconsistencia entre sus palabras y sus acciones provocó críticas por parte de sus detractores y jugó un rol importante en su eventual caída.

Mientras sintió que estaba en buenos términos con la revolución, Piñera habló contra aquellos que continuaban criticando a los intelectuales por supuesta falta de compromiso. En “Aviso a los escritores”, por ejemplo, se quejó de que “a diario

se nos dice que no subimos a la Sierra, que no tenemos derecho a nada [...] El asunto es muy otro”. Si bien aceptó valientemente que él y muchos de sus colegas intelectuales habían hecho poco por la revolución antes de 1959 –“es muy cierto que muy poco o nada hicimos por ella en su período contrabatistiano”–, también señaló su propia situación como colaborador de *Revolución*, que era el órgano oficial del Movimiento 26 de Julio, como ejemplo de cómo muchos intelectuales que no habían tomado las armas apoyaban y contribuían a la revolución en aquel momento.

En el mismo artículo, Piñera insistió en que había todavía muchos autores que no habían decidido de qué lado ponerse con respecto a la Revolución. Haciéndose eco de la cada vez más popular consigna “con Cuba o contra Cuba”, cerró con el siguiente llamado a los escritores cubanos:

La Revolución nos dice: me tomas o me dejas, pero acaba por definirme. Y no definirse, andar por las ramas, estar en la cerca y otras cositas puede hacer, y de hecho hace, grandísimo daño a la Revolución. Aviso, pues, a los escritores que concluyan por definirse, y aquellos que ya se han definido que pongan en evidencia a los que coquetean con la Revolución y con la Reacción. Será el único modo de saber cuántos somos, por qué luchamos, y a qué enemigos debemos enfrentarnos.

Aunque su llamado estaba motivado por el deseo sincero de convencer a los escritores indecisos a apoyar la revolución y reconocer todo lo que ésta había logrado en la arena cultural, uno tiene la impresión de que el autor también estaba tratando de realzar su propia imagen como amigo y promotor de la revolución. Sólo un mes después, el 29 de enero de 1959, Piñera publicó una continuación de “Aviso a los escritores”, donde el tono es un poco defensivo. Aunque el objetivo principal de “Milicia de trabajadores intelectuales” fue homenajear a un grupo de escritores por haber definido inequívocamente su compromiso con la revolución mediante la formación de su propia unidad de milicias, Piñera parece haber estado igualmente interesado en subrayar su propio apoyo impostergable. Como lo había hecho en editoriales previos, acepta que él y muchos de sus compañeros no habían participado en la lucha armada contra Batista ni habían tomado parte activa en la revolución hasta después de su triunfo en enero de 1959: “Hasta ahora no habíamos sido otra cosa que personas privadas [...] sin consciencia revolucionaria [...] Vale decir que vivíamos sumergidos, inmersos en el Arte, con total indiferencia a esos problemas nacionales aludidos”.

Sin embargo, esta vez fue más allá al sugerir que escritores como él –que habían permanecido alejados por mucho tiempo o que no se habían adherido a alguna unidad de milicia– no eran completamente culpables puesto que las actitudes

prevalecientes en Cuba los hacían sentir inadecuados para las tareas requeridas de los llamados verdaderos revolucionarios:

A diario oímos decir “Pero un escritor está para escribir y no para hacer política, y mucho menos para coger un fusil”. Si por años hemos tenido ante la vista esa deformación, si ahora los malintencionados o los ingenuos nos soplan en el oído que debemos permanecer aislados, como si estuviéramos hechos de puro pneumatismo, no es inconcebible que muchos de nosotros nos sintamos ineptos para coger ese fusil que puede defender y salvar la Revolución.

Lo que hace a este artículo especialmente interesante es el hecho de que a través de él Piñera, inadvertidamente, llama la atención hacia su propia inacción, es decir, aplaude las milicias de escritores –“la presencia de un escritor en las trincheras representa un doble servicio, es decir, la misma mano que coge la pluma para escribir un poema, también coge el fusil para defender la causa de la libertad” (2)– pero nunca expresa interés en unirse a una milicia él mismo. Da a entender, sin embargo –como lo había hecho en muchos otros artículos anteriormente–, que su compromiso con la revolución no podía ser cuestionado más porque, como escritor, había servido tanto a *revolución* como a la cultura cubana en general.

Cuando se leen las contribuciones de Piñera a *Revolución y Lunes*, se hace claro que éste creía que la reforma cultural estaba al frente de la agenda revolucionaria y que él, como autor, estaba en primera línea de una de las campañas más importantes del momento. Frecuentemente argumentó que mientras los escritores eran virtualmente inútiles durante el régimen batistiano, en el nuevo contexto eran ciudadanos indispensables. Por ejemplo, en un artículo publicado en la edición final de *Ciclón*, a comienzos de 1959, Piñera anotó que: “El buen escritor es, por lo menos, tan eficaz para la Revolución como el soldado, el obrero o el campesino” (“La inundación” 13). Es importante destacar que sus ideas sobre el rol de los escritores en la revolución no eran distintas de las opiniones oficiales del gobierno en la fase inicial de éste. En el homenaje al primer aniversario de *Lunes*, publicado el 28 de marzo de 1960, Fidel Castro mismo respondió a una encuesta entre lectores famosos de *Lunes* y escribió:

La Revolución abre un doble contacto: el pueblo comienza a descubrir la cultura, la cultura comienza a descubrir al pueblo [...] Los intelectuales juntan al libro el rifle. Uno es instrumento de cultura, el otro de defensa de nuestra Patria. *Lunes de Revolución* es un buen esfuerzo en las necesidades de expresar tres cosas similares: revolución, pueblo y cultura. (“¿Por que me gusta o no me gusta *Lunes*?”)

Desafortunadamente para Piñera y la mayoría de los colaboradores de *Revolución y Lunes*, la apreciación de la revolución por los intelectuales y su supuesta responsabilidad como combatientes en la batalla de la reforma cultural sería corta. Sólo un año después de este último artículo mencionado la dirección del Consejo Nacional de Cultura iría a manos de un marxista no comprometido y Castro, que entonces “ya no era un romántico y había escogido una ideología dogmática”, condenaría *Lunes de Revolución* como una publicación que no pertenecía a una Cuba revolucionaria (Szulc 565).

PIÑERA, EL ANTIIMPERIALISTA

Entre los artículos políticos y editoriales que Piñera publicó en *Lunes de Revolución* los que reflejan un creciente sentimiento antiimperialista son los que más se avienen con las principales opiniones políticas del momento. La revolución se encontraba en constante desafío de Estados Unidos y, como ha señalado William Luis, los escritores de *Revolución y Lunes* tomaron parte activamente en defensa de la nación contra el imperialismo estadounidense (259-60). En varias entregas, Virgilio Piñera se hizo eco del sentimiento popular de que Cuba se había convertido en víctima de una incansable campaña terrorista organizada por Estados Unidos, que buscaba desestabilizar la revolución y destruir la economía cubana. Uno de los más apasionados comentarios de Piñera es su editorial “Llamamiento a los escritores”, que apareció en *Revolución* el 23 de octubre de 1959. El artículo fue escrito en respuesta a un supuesto ataque terrorista en La Habana, que fue la culminación de una serie de eventos que el gobierno cubano y la mayoría de la población vio como parte de una conspiración mayor con base en Estados Unidos.

En la tarde del miércoles 21 de octubre, Pedro Luis Díaz Lanz, un antiguo comandante de la fuerza aérea y piloto personal de Fidel Castro, voló sobre La Habana en un bombardero B-25 piloteado desde el sur de la Florida. En su primer recorrido por encima de la ciudad, específicamente sobre el Hotel Nacional en el barrio del Vedado, Díaz Lanz dejó caer miles de volantes firmados por él, en los que se decía que Castro era comunista. Aunque los expertos no se ponen de acuerdo en los detalles, Díaz Lanz y el copiloto Frank A. Sturgis, un agente de la CIA que luego se haría famoso por su participación en el caso Watergate, parecen haber hecho un segundo recorrido por el espacio aéreo de la ciudad, en el cual ametrallaron sobre las calles y tiraron granadas de mano o pequeñas bombas (Cannon 122, Szulc 505-506). En una reciente biografía de Fidel Castro, Volver Skierka va más allá y se refiere al ataque como a una “operación espectacular” y una “ráfaga y bombardeo estilo kamikaze” (90).

El hecho realmente ocurrió, y el resultado del ataque fueron dos civiles muertos y cuarenta y siete heridos. A pesar de las declaraciones oficiales de que no se habían tirado bombas y de que las muertes habían sido causadas en realidad por fragmentos de artillería cubana (Quirk 268),⁵ Fidel Castro y la mayoría de los cubanos estaban convencidos de que el ataque fue parte de una cuidadosa conspiración contra la revolución a través de la cual Estados Unidos buscaba desmoralizar a Cuba para mantenerla como un estado económico vasallo.⁵ En la noche del 22 de octubre, Castro hizo una aparición televisiva de cuatro horas, en la cual se refirió al bombardeo como “un ataque sin precedente en la historia a una nación en paz desde afuera” (“Four and a Half Hour TV Appearance”). Al acusar a Estados Unidos de una acción incluso más grave que el hundimiento del *Maine* en 1898, Castro estaba diciendo que otros ataques recientes –incluida la explosión de una bomba en el Central Niágara el 29 de octubre, y una similar en el Central Punta Alegre diez días después–, así como la renuncia oficial de Hubert Matos ese mismo día, estaban claramente relacionados con el último incidente “terrorista”.

En su vitriólica respuesta a los ataques, Piñera reflejó el consenso general de que éstos habían sido parte de una campaña terrorista contra la revolución y las nuevas libertades conquistadas por el pueblo cubano. Indignado, Piñera condenó la violencia de la cual había sido testigo mientras viajaba en una guagua por el Vedado, cerca de donde se produjeron los ataques. Su descripción del caos sintetiza perfectamente la indignación que muchos cubanos sintieron en los umbrales de lo que creían era un ataque sin motivos por parte de Estados Unidos contra la soberanía nacional:

⁴ En *Cuba, the Pursuit of Freedom*, Hugh Thomas también expresa sus dudas sobre que las bombas fueran lanzadas desde el avión, y sugiere que las muertes fueron en verdad causadas por el fuego de una fragata cubana que trató de tumbarlo (1244).

⁵ Es importante notar que los incidentes del 21 de octubre coincidieron con una gran convención de turismo a la que asistían cientos de miembros de la Sociedad Estadounidense de Agentes de Viajes (siglas en inglés ASTA) en la cual Castro estaba programado para hablar aquella noche en La Habana. Como los volantes fueron tirados cerca del Hotel Nacional, donde muchos miembros de ASTA estaban hospedados, y cerca del cual los supuestos bombardeos tuvieron lugar, muchos de los agentes de viajes estadounidenses tuvieron una clara idea de la situación. Como lo explica Robert E. Quirk, cientos de miembros de ASTA, “que antes habían aplaudido a Castro entusiastamente, ahora se iban de Cuba convencidos de que el turismo era una causa perdida. El gobierno revolucionario había gastado millones de dólares preparando la convención” (268-69), la cual había sido organizada para restablecer el turismo como un importante impulso para la economía cubana. En una intervención radial hecha antes de los bombardeos, Castro, refiriéndose a la renuncia de Huber Matos y otros revolucionarios debido a la infiltración comunista en el gobierno, hizo el siguiente señalamiento que más tarde, ese mismo día, cobraría un mayor significado: “¿Y en qué momento hacen esto? Lo hicieron justo cuando Cuba estaba obteniendo uno de sus más grandes triunfos económicos, mientras 2.000 delegados de agencias turísticas de todos los países estaban aquí, cuando una nueva era de comercio turístico que traería cientos de millones de dinero extranjero cada año estaba a punto de comenzar” (“Discurso en Camaguey” 3).

Pues me ocurrió que a las seis de la tarde viajaba en una guagua de la Ruta Diez. De pronto, y como el vehículo se encontraba detenido por la luz roja, empecé a sentir el estallido de lo que podrían ser bombas, balas o granadas de mano [...] e inmediatamente pude ver a un anciano que se apretaba el vientre y doblándose caía en la acera sobre su propia sangre. Pero no era él la única víctima. A dos pasos caía una mujer que llevaba un niño en brazos [...] ¿Cuál fue mi reflexión, cuáles fueron mis pensamientos en medio de tal espanto? Pues vi el espectáculo agigantado, vi un bombardeo en masa, vi cientos de muertos y heridos y, sobre todo, vi la pérdida de nuestra libertad. Y también pensé que era necesario defender dicha libertad a toda costa.

Conmovero por los hechos, pero también por el miedo—compartido sin duda por muchos cubanos— de que los ataques fueran sólo la antesala de algo mayor, Piñera usa su posición privilegiada de articulista en el periódico oficial del Movimiento 26 de Julio para exhortar a los cubanos, pero en particular a los artistas y escritores, a unirse a Castro en su condena del gobierno norteamericano, al cual describió como perros de caza en busca de su presa:

Y ahora, cuando presenciamos salvajadas como las del miércoles, cuando vemos a los perros de presa olisquear su elemento natural: la sangre humana [...] ¿qué menos podemos hacer si no poner nuestra columna al servicio de la Revolución y hacer un llamamiento a todos los escritores? Es por eso que me permito, en nombre de todos los escritores cubanos, protestar por el salvaje atentado a la ciudadanía y a sus libertades, y lo que es aún más importante: ponernos, sin reservas mentales, junto a Fidel.

Además de contener una de las más vehementes defensas de Fidel Castro por parte de Piñera, “Llamamiento a los escritores” revela una vez más la convicción del autor de que su compromiso con la revolución se hacía visible claramente a través de sus contribuciones en *Revolución* y *Lunes*. En un momento de su artículo, Piñera firmemente rechaza la opinión de sus detractores de que él estaba más comprometido con el arte y la literatura que con la revolución. Refiriéndose a sí mismo en tercera persona y usando su seudónimo de “El Escriba”, apuntó lo siguiente: “A primera vista, y visto lo corto de vista de ciertos sujetos, El Escriba, cuya función estaría limitada a la crítica literaria, no tendría por qué ‘reseñar’ lo ocurrido en La Habana. ¡Cuán equivocados están!” Afirmó entonces que un escritor es una esponja que absorbe todo, desde lo mundano a lo más importante, y sugirió que seguiría escribiendo en su columna de los hechos diarios y de momentos cruciales de la revolución, como del que había sido testigo.

Después de los eventos del 21 de octubre de 1959, Fidel Castro llamó a los cubanos a unirse en una actividad masiva el 26 de octubre para apoyar la revolución y

condenar al imperialismo norteamericano. Ese día, una multitud que los funcionarios oficiales declararon de cerca de un millón de personas se reunió para escuchar las denuncias de Fidel contra las conspiraciones contrarrevolucionarias organizadas desde adentro.⁶ Uno de los mensajes centrales de un discurso de varias horas fue que, a pesar de los ataques desde afuera y los complots desde adentro, la revolución era más fuerte que nunca. Castro lo dijo así: “Cuando veo a un millón de ardientes compatriotas aquí, reconozco que la revolución es más fuerte que nunca, y que la puñalada en la espalda que recibimos, lejos de debilitar la revolución, la fortaleció” (“Royalty Rally” 12).

Piñera respondió al discurso en “La revolución se fortalece”, un artículo publicado la semana siguiente en *Punto de mira*, la sección editorial de *Lunes*. En este encendido editorial, Piñera reiteró varias de las consignas de Castro y reprodujo los puntos principales de su discurso, reconociendo que la revolución estaba siendo claramente atacada, que Estados Unidos estaba detrás de los complots contrarrevolucionarios y que tratando de sabotear la revolución los norteamericanos estaban sólo haciéndola más fuerte. Refiriéndose a los “ataques terroristas” del 21 de octubre y otros incidentes recientes, Piñera señaló lo siguiente:

Que la Revolución está amenazada, que la Revolución vive una etapa difícil es cosa de sobra sabida. Sin embargo, de esas amenazas, de tales dificultades se van haciendo los cimientos incommovibles sobre los que descansará firmemente la estructura revolucionaria [...] el bombardeo de ayer, el atentado de mañana [...] fortalecen la Revolución.

Durante la manifestación del 26 de octubre Castro también se dirigió al tema de la Reforma Agraria, que había estado entre las prioridades de la agenda revolucionaria para instrumentar los cambios políticos, económicos y culturales desde los días iniciales de 1959: “Yo le pregunto al pueblo si está o no de acuerdo con la reforma agraria”, le preguntó a la multitud, que respondió con gritos de aprobación. “Yo le pregunto al pueblo si está de acuerdo o no con que los campesinos tengan tierra donde trabajar [...] Yo le pregunto al pueblo si está de acuerdo o no con aquel sistema de antes, en que la guardia rural y las ‘parejas’ estaban al servicio de los grandes terratenientes y estaban al servicio de los grandes intereses” (“Discurso [...] de 26 de octubre de 1959” 7).

Hablando de este importante tema, Piñera dijo, como lo había hecho Castro, que la revolución estaba en constante amenaza en gran parte porque sus enemigos

⁶ En su discurso, Castro proclamó varias veces que un millón de cubanos estaban presentes, y el mismo número fue citado en la primera página de *Revolución* el día después de la manifestación. Sin embargo, observadores internacionales confiables consideran que fueron menos de 400.000 (Quirk 269).

—él específicamente se refirió a los batistianos y al gobierno de Estados Unidos— se habían dado cuenta de que, con la aprobación de la Ley de Reforma Agraria en mayo de 1959, ellos no estarían en posición de explotar la tierra y a los cubanos como lo habían hecho a su antojo en las administraciones previas. En estado de desesperación, entonces, se habían decidido a sabotear las plantaciones de azúcar y a llevar a cabo otros complots contrarrevolucionarios para desestabilizar la revolución. Así lo expresó Piñera: “hacen cuanto está en sus manos porque vuelvan los para ellos días dorados de la explotación”.

Haciéndose eco del inmenso apoyo popular a la Ley de Reforma Agraria, que de acuerdo con Louis Perez fue “la medida más radical puesta en vigor por la revolución en el primer año” (320), Piñera celebra a Fidel Castro por repartir la tierra entre los campesinos cubanos: “fue Fidel quien repartió las tierras [...] fue Fidel quien tocó en el corazón de esos guajiros como se toca a una puerta amiga”. Piñera expresó su convicción de que, incluso si cada uno de los héroes revolucionarios de Cuba cayera en una batalla contra Estados Unidos, la tierra no regresaría a las manos de los enemigos: “suponiendo que cayera Fidel, Raúl, Camilo, Guevara, Almeida, Almejeiras, en fin, la flor y nata: suponiendo que cayera hasta el último soldado rebelde, las tierras seguirían en poder del campesino”.

El hecho de que la redistribución de la tierra haya causado gran alarma en el gobierno norteamericano había sido una fuente de alegría para Piñera, quien, como la mayoría de los cubanos, creía que Estados Unidos se había aprovechado en el pasado de la corrupción del gobierno local y la inestabilidad política para convertir a la nación en su vasallo económico. Tal vez estimulado por el nuevo sentido de nacionalidad y por el desafío constante a los Estados Unidos por parte del gobierno revolucionario, en el párrafo final del editorial Piñera afirmó que los días de ese tipo de dominación en el país habían terminado:

Hoy, ¿quién lo negaría?, las cosas han cambiado, al punto que los Estados Unidos no se atreve, so pena de alterar el equilibrio mundial, a proseguir despachándose a su gusto. Y esta limitación estadounidense, este freno que le ha puesto la actual circunstancia histórica, resulta para nosotros, pequeña nacionalidad, seguridad efectívisima. Dicho en dos palabras: ya no estamos solos ni aislados.

Es importante subrayar que, incluso si durante los primeros meses de euforia de la revolución Piñera estaba más preocupado con la reforma cultural que con otras ideas más urgentes de la agenda revolucionaria, artículos como “La Revolución se fortalece” no eran meros elogios de boca para afuera. Piñera apoyó con entusiasmo la revolución en sus primeros años, y aun cuando empezó a sentir que su interpretación de libertad de creación en la nueva Cuba difería bastante de la

del gobierno revolucionario, no perdió completamente la fe en que su estatus como autor iba a seguir mejorando.

Otro de los editoriales más antiestadounidenses y cargados políticamente de Piñera apareció unos meses después de “La Revolución se fortalece”. Publicado el 7 de marzo de 1960 en *Lunes*, “Infierno inesperado” fue escrito en respuesta a un incidente que incrementó grandemente la indignación que Piñera y la mayoría de los cubanos sentían hacia el gobierno de los Estados Unidos. El 4 de marzo de 1960 el vapor francés *La Coubre*, con cerca de setenta toneladas de armas y municiones que el gobierno cubano había comprado en Bélgica, explotó en la bahía de La Habana, causando la muerte de casi cien personas e hiriendo a cerca de trescientas. De acuerdo con Tad Szulc, el incidente, cuya causa nunca se ha esclarecido del todo, destruyó de una vez cualquier “oportunidad de entendimiento entre Fidel Castro y los estadounidenses” y “unificó a los cubanos alrededor de Castro, en un momento en que empezaba a enfrentar problemas políticos internacionales y existían señales del deterioro de su popularidad” (514-515). Después de la explosión, Castro culpó a los Estados Unidos de sabotaje y explotó la tragedia magistralmente para incentivar el sentimiento antiestadounidense.

El 5 de marzo, un Castro visiblemente emotivo pronunció un famoso discurso en el funeral de las víctimas en el Cementerio de Colón. Declaró que la explosión “por accidente no pudo haber sido; tenía que ser intencional” (“Palabras pronunciadas [...] el 5 de marzo de 1960” 3), y añadió con convicción que “por análisis cuidadoso, por investigación minuciosa, por conversación detallada con todos los obreros, braceros y estibadores que allí participaron, sacamos la conclusión de que el sabotaje por ningún concepto podía haber sido realizado en Cuba” (4). Su conclusión fue que el explosivo había sido puesto por “funcionarios del gobierno norteamericano [quienes] habían hecho reiterados esfuerzos por evitar que nuestro país adquiriera esas armas” (6).

Virgilio Piñera denunció la explosión en “Infierno inesperado”, un artículo de mil quinientas palabras que apareció en *Lunes* junto a un pronunciamiento inflamatorio de los editores, bajo la firma de Guillermo Cabrera Infante y José Baragaño, y un fragmento de nueve páginas del discurso de Fidel Castro. En su texto Piñera se hacía eco de muchos de los comentarios de Castro y reflejaba con exactitud las tensiones crecientes entre Cuba y Estados Unidos. Aunque al principio no nombró al enemigo, sus provocadoras observaciones a comienzos del artículo estaban claramente dirigidas a los vecinos del norte: “Nos han declarado la Guerra, una guerra que por encubierta es, si cabe, más cruenta que las declaradas [...] Me refiero a esa guerra dirigida contra la población civil”. Piñera dirige su ira más específicamente al gobierno de Estados Unidos, al que llama “banda de carniceros”, “reptiles subrepticios” y “delincuentes inescrutables”. Al igual que hizo

Castro en su emotivo panegírico, Piñera presentó posibles escenarios del atentado –quizás fue ejecutado por un solo contrarrevolucionario, un loco, o un piromaníaco demente– para luego descartarlos como prácticamente imposibles a la luz de las cada vez más precarias relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Cita, por ejemplo, recientes ataques por parte de aviones estadounidenses, décadas de explotación económica, el apoyo al régimen de Batista y el refugio dado a los colaboradores de éste, y recuerda la sólida evidencia que Castro presentó en su discurso de que Estados Unidos había hecho lo indecible para impedir que el gobierno belga le vendiera las armas a la isla.

En los últimos párrafos Piñera intensifica su tirada contra los Estados Unidos, primero al hacer referencia a Hiroshima, hecho que compara con *La Coubre*. Sostiene que aunque el ataque nuclear fue condenable, estaba respaldado al menos por la supuesta justificación de haber salvado a la humanidad al poner fin a la Segunda Guerra Mundial. Además, afirma que la explosión de *La Coubre* pasaría a la historia como uno de los peores crímenes del siglo, puesto que no podía haber ninguna racionalización de un ataque no provocado contra la población civil de una nación en tiempos de paz. Según él, Estados Unidos había volado el carguero en un intento por descarrilar a la revolución y privar a la nación de su soberanía.

Haciéndose eco del sentimiento general en Cuba en los días que siguieron a la explosión, Piñera reprendió a los Estados Unidos por su larga historia de explotación de la vecina y vulnerable isla y por la obvia determinación de secuestrar las libertades que el pueblo cubano había ganado desde el triunfo revolucionario. El pasaje siguiente contiene lo que constituye una de las defensas más ardientes de la soberanía de Cuba y una de las denuncias más vehementes del imperialismo estadounidense por parte de Piñera:

Una nación pequeña, que acaba de sostener una lucha cruenta contra un tirano, que desea vivir en términos de paz con el resto de las naciones, una nación que quiere labrar su propio destino, que quiere tomar libertad de acción, vida económica propia, es objeto de los más despiadados ataques, de las intrigas más tenebrosas, de los crímenes más tremendos [...] ¿Es posible que prosigan estos ataques? Porque si el crimen de estado es progresivo, entonces mañana o pasado podremos tener en el cementerio Colón cinco o diez mil cadáveres. ¿Qué son, para gente dedicada a lo peor, cinco o diez mil cubanitos muertos? Pensarán que la posesión del azúcar, de la tierra cubana vale más que unos cuantos miles de cubanitos muertos. Y si el mundo no se ha convertido en una horda de matones, entonces tendrá que protestar, que poner coto de alguna manera a ese Armagedón velado que los americanos nos hacen.

PONIENDO AL ENEMIGO EN SU LUGAR

En mi reciente libro sobre la vida y obra de Piñera, sostengo que éste fue una suerte de experto a la hora de poner las cosas en su lugar. Aunque me centro en su afición por criticar a todo el mundo, desde los intelectuales a los políticos, desde las instituciones santificadas hasta las publicaciones de respeto, quisiera agregar aquí que uno de sus blancos frecuentes, que no mencioné en mi libro, era Estados Unidos. Frecuentemente, Piñera procuró poner al coloso del norte en su lugar, para decirlo de alguna forma, regodeándose en el hecho de que el país que por tanto tiempo había controlado a Cuba política y económicamente había sido derrotado por la revolución. En varios artículos en *Revolución* y en *Lunes*, sus *jabs* a Estados Unidos tomaron la forma de referencias sutiles o comentarios breves, mientras que en otros, como “Espíritu de las milicias”, “Señales de los tiempos” y “26 de Julio de 1960”, Piñera hace un esfuerzo por exponer las debilidades de Estados Unidos y quitarles su pedestal de supremacía.

Uno de los argumentos centrales de “Espíritu de las milicias”, un artículo de cinco páginas con una docena de fotos de soldados recién entrenados, es que Cuba, con la formación de las milicias de ciudadanos armados, estaba más preparada y determinada que nunca para defenderse de un ataque aparentemente inevitable por parte de los Estados Unidos. Piñera concede que este país era la nación con más armamento en el mundo y que la isla poseía poco poder militar, pero señala, con visible orgullo, que la resistencia de Cuba estaba poniendo a los Estados Unidos a la defensiva. Concluye declarando, al igual que Castro unos días antes, que las milicias cubanas estaban listas para la acción y que no se rendirían a ningún costo: “En una palabra, el miliciano sabe muy bien sus objetivos [...] y como bien decía Fidel la otra noche, está demostrando que aquí, llegado el caso [de una invasión estadounidense], se peleará sin tregua y sin cuartel” (38).

En “Señales de los tiempos”, la intención de Piñera parece haber sido doble. Por un lado, quiere demostrar que los Estados Unidos actuales estaban lejos de ser el país que había iniciado las luchas revolucionarias del siglo XVIII en las Américas. Señala que resulta una paradoja histórica el hecho que la pequeña nación que había sacrificado tanto para ganar su libertad de Inglaterra era, en ese momento, el superpoder que les negaba a otras naciones las mismas libertades por las que había luchado. Para detrimento del mundo entero, pero especialmente de América Latina, la colonia se había convertido en colonizador: “la imagen de la libertad [...] va adquiriendo la imagen de la opresión. El país que dio la última gota de su sangre por salir del estado de colonia, instaura un imperio colonial, contempla al mundo entero como sub especie o colonia”.

Piñera culpa a Estados Unidos de la inestabilidad política y del subdesarrollo económico sufrido por Cuba y otras naciones latinoamericanas durante la primera mitad del siglo xx, con los ejemplos específicos de Guatemala, Nicaragua, Honduras, Argentina, Chile y Venezuela. Lo que más le molesta de la intromisión estadounidense en América Latina (y en esto concuerda con las ideas dominantes del momento) es el hecho de que la nación que proclamaba las libertades personales de sus ciudadanos estaba empeñada en privar de su autonomía a los ciudadanos del sur. Mediante el uso magistral de una imagen popular, Piñera contiene que el gobierno de Estados Unidos se había convertido en el principal explotador de la Dama de la Libertad: “El State Department tenía la receta para hacer abortar los vientres preñados de la libertad”.

Su otro objetivo en “Señales de los tiempos” es demostrar cómo se han invertido los papeles en la relación entre Cuba y Estados Unidos desde el triunfo de la revolución. Observa, por ejemplo, que las cartas se habían virado en contra estos últimos, que ya no tenían la ventaja en lo que él llama “el bout imperialismo versus nacionalismo”. Al igual que en varios editoriales anteriores, Piñera se complace de que Cuba, una nación pequeña con poder militar y económico mínimo, estaba finalmente enfrentándose a su vecino del norte. Con un aire de desafío que le hace eco a la retórica acusatoria de Fidel Castro y al discurso revolucionario de José Martí, Piñera concluye sugiriendo que era sólo una cuestión de tiempo antes de que toda América Latina explotara en revueltas contra Estados Unidos:

Saben [los estadounidenses] de sobra que Latinoamérica es un barril de pólvora, y saben también que el estallido se producirá. Las revoluciones, como los átomos, se producen en cadena.

Claro, el State Department tiene su estrategia [...] en última instancia esa salida desesperada que es un acto de fuerza, pero nosotros tenemos algo mejor, tenemos las señales de los tiempos: voluntad de ser libres, concurso de otros pueblos que se han emancipado, tensión internacional que nos favorece, descontento popular dentro y fuera de Norteamérica contra el concepto imperialista de la vida. Más tarde o más temprano la enfermedad hará crisis, y cualquiera sea el resultado, los pueblos de América tendrán propia determinación.

Varias semanas después, Piñera se valió del séptimo aniversario del asalto al Cuartel Moncada para escribir uno de sus editoriales políticos de mayor peso: “26 de julio de 1960”. En este largo texto (de casi dos mil palabras), el primero que publicaba en *Revolución* firmado con su nombre en cerca de un año, Piñera hace un recuento de la historia política de Cuba desde el momento de su nacimiento, en 1912, hasta el presente, y demuestra cómo en ese período de tiempo relativamente

corto el país había pasado de semicolonía de los Estados Unidos a ser un factor importante en la política mundial.

El artículo comienza con una breve descripción de la sombría visión del destino del país que él y su generación tenían: “para nosotros, nacidos entre los años diez o doce, el destino de Cuba, es decir, semicolonaje, dictadura, gangsterismo, era un hecho consumado del cual existían pocas o ningunas posibilidades de un cambio de frente saludable”. Cuando su generación alcanzó los veinte años, explica Piñera, no tenían nada que esperar, a pesar del vigor de la juventud, puesto que habían visto cómo las figuras públicas cubanas habían dedicado sistemáticamente sus carreras a convertir al país en una colonia de los Estados Unidos.

Cuando Fidel Castro finalmente apareció en la escena, continúa, los miembros de su generación (léase Piñera) lo admiraron (“pensamos de Fidel: he aquí un hombre puro. Es de la raza de un Mella, de un Chibás, de un Pablo de la Torriente, de un Antonio Guiteras”), pero tenían poca fe en que iría tan lejos en su lucha contra Batista. Sin embargo, cuando Fidel desembarcó al frente del Granma en 1956, se hizo evidente para los cínicos de su generación que se avecinaba finalmente un período de esperanza y cambio positivo:

¿Qué ocurrió entonces en los cerebros lavados? Pues que la hazaña de Fidel les volvió a meter ideas constructivas en las cabezas. Al año de ese desembarco todos estábamos confiados que la balanza se inclinaría por Fidel y que la Revolución se haría más y más pujante. A tal punto que el primero de enero de 1959 Cuba era libre, totalmente libre de [Cabo] San Antonio a [Punta de] Maisí.

En la sección final del artículo, Piñera celebra el nuevo sentido de nación que Cuba experimentaba, al tiempo que pone a Estados Unidos en su lugar al señalar cuán dramáticamente había cambiado la relación de la isla con este país desde el triunfo de la revolución. Revela su gran orgullo, por ejemplo, al saber que Cuba había pasado, en cuestión de décadas, de ser una semicolonía anónima de los Estados Unidos a un estado soberano y un ejemplo para la revolución en toda América Latina. “Es vertiginoso”, observa, “el abismo que se abre entre la Cuba semicolonial de los Batista y compañía y la Cuba revolucionaria que nos ha dado Fidel”.

Más importante aún, Piñera se regodea en el hecho de que el país se había convertido en un foco de atención mundial y una causa mayor de preocupación para el gobierno de Estados Unidos, el cual estaba perdiendo control de su influencia política y económica en la isla:

No bien empezamos con la Reforma Agraria vimos cómo los Estados Unidos empezaban a su vez a inquietarse a tal punto que al día de la fecha constituimos para ello un problema más agudo que el de Berlín Occidental o el de su declinante

influencia en Asia y África. Ahora pregunto, ¿cómo no sentirse orgullosos ante tamaña prueba de soberanía? [...] El mundo entero nos tiene entre sus labios y esto se carga de mayor trascendencia si pensamos que no hace todavía dos años Cuba sólo era [...] una mera referencia geográfica, una azucarera [...] Y el mundo entero está asombrado ¡y con razón! Lo que por más de cincuenta años se tomó por feudo norteamericano es hoy la nación de la Reforma Agraria, que interviene en compañías petroleras, que se sentará mañana, lunes 18 [de julio de 1960] en la Asamblea de las Naciones Unidas para formular acusaciones contra el coloso del Norte. ¡Quién se lo iba a decir a Eisenhower y camarilla! Seis millones de habitantes y ciento veinte mil kilómetros cuadrados dando jaque a más de cien millones de habitantes y millones de millas cuadradas de territorio. Estas son las imprevisibles lecciones de la Historia.

“26 de julio de 1960” puede leerse, hasta cierto punto, como un compendio de los temas políticos y revolucionarios que Piñera abordó con frecuencia en sus colaboraciones con *Revolución y Lunes*: la falta de esperanza en la vida que caracterizaba a la Cuba semicolonial, la condena de Batista y sus compinches, el elogio de Fidel Castro y la revolución, la defensa y celebración de la soberanía del país, la condena del imperialismo estadounidense, etc. El lector contemporáneo que quiera apreciar un lado de Piñera que ha escapado a los ojos de los críticos actuales no necesita ir más allá de este vasto cuerpo de ensayos culturales y políticos que publicó en *Revolución y Lunes* durante los primeros años de la revolución. En ellos puede verse que, a pesar de la reputación de Piñera como un autor evasivo que se negó a tratar temas políticos en su ficción y que siempre nadó contra la corriente, en términos de sus ideas sobre la revolución cubana durante su período romántico Piñera en realidad nadó a favor.

En el número de mayo de 1962 de *La Gaceta de Cuba*, Virgilio Piñera—catalogado ahora de crítico problemático, no conformista, violador de la moral revolucionaria, y degradado de su posición de colaborador frecuente de *Revolución y Lunes* a un puesto, menos prestigioso, de traductor y editor de la Editora Nacional—publicó lo que Roberto Fernández Retamar llamó más tarde una “autocrítica”, en la cual admitió la falta de contenido político en sus textos. En “Notas sobre la vieja y la nueva generación”, Piñera concedió categóricamente que los escritores de su generación—se refería más precisamente al grupo de *Orígenes*—estaban tan asqueados por los temas políticos que implicarse en ellos era como contaminarse con la peste. Además, reconoció que, mirando atrás desde la perspectiva de la Cuba revolucionaria, su propio desdén por la política y su casi total evasión de la realidad política del país desde los años 30 hasta el triunfo de la revolución había, en realidad, contribuido a perpetuar los regímenes en el poder: “Por huir de la realidad atroz contribuíamos, sin percatarnos de ello, a perpetuarla [...] estábamos ayudando al régimen dictatorial

en turno” (2). De la misma manera, Piñera había entendido, con el beneficio de la retrospectiva, que sus filosofías apolíticas eran “tan monstruosas como el crimen que se cometía día a día” (2).

A pesar de este autorreproche, también señaló que él y sus contemporáneos tenían buenas razones para su evasión sistemática de la política: “Con todo lo que pueda acusarse a un grupo de escritores desentendidos de la política, teníamos motivos de sobra para adoptar tal actitud” (2), e insistió en que sus decisiones conscientes de criticar al sistema político en lugar de luchar contra él, y de buscar refugio en la Literatura en lugar de usarla como arma, se justificaban al menos en parte. En los párrafos finales, dio a entender que, si su formación como escritor hubiera coincidido con los eventos cruciales de la revolución cubana, su obra habría sido muy diferente. Eso era, precisamente, lo que según él separaba a la vieja generación de escritores de la nueva:

Pues bien, para la nueva generación [...] ya no amenazaba y negativizaba el viejo dualismo Política-Literatura. A ninguno de ellos se le iba a ocurrir hacer la literatura por sí sola, ninguno de ellos caería en la trampa de la literatura tomada como refugio porque esa trampa ya no tenía razón y los tramperos habían sido barridos de plano. Nosotros hicimos literatura de refugio porque vivíamos en un país sembrado de trampas; nuestra obra, a pesar de su posible calidad, era pesimista porque se vivía en términos de pesimismo y frustración.

La nueva generación, si sabe aprovecharlos, tiene los triunfos en su mano. Tienen como escritores, los mismos derechos (y, por supuesto, deberes) que los dirigentes políticos. Conscientes de que la política y la literatura están profundamente relacionadas y compenetradas, están en magníficas condiciones para expresar la realidad de la vida que bulle en torno a ellos. [...] Ni hablar de la literatura panfletaria. [...] En esta [época] de la Revolución, basta con la literatura por sí misma. ¿Y por qué por sí misma? Porque ahora la Literatura es un apéndice de la Revolución, una rama más del árbol revolucionario. (3)

Como conclusión del presente ensayo, he hecho un breve análisis de “Notas sobre la vieja y la nueva generación” porque creo que ilustra cuán complicada era para Piñera la relación entre literatura y política. Si por un lado se sentía obviamente cómodo con la idea de escribir artículos y editoriales de fuerte contenido político, por otro parecía resistirse a llenar sus textos de ficción con ideas políticas y consignas revolucionarias. Asimismo, desde las páginas de *Revolución* y *Lunes* llamó frecuentemente a los escritores de la nueva generación a usar los triunfos a mano como inspiración para sus obras, pero asumió, aparentemente, que no necesitaba seguir su propio consejo para mantenerse en buenos términos con la revolución.

En este último artículo, Piñera da a entender que desde sus comienzos literarios había decidido que la literatura de calidad y la política directa no se mezclaban

bien y que, mientras expresara su apoyo genuino a la revolución y su denuncia del imperialismo estadounidense en las páginas de *Revolución y Lunes* (o en publicaciones posteriores como *Casa de las Américas*, *Unión* y *La Gaceta de Cuba*), no tenía razones para hablar de esos temas en su ficción. Pero, al igual que muchos de sus contemporáneos, Piñera no tenía una idea clara de lo que la revolución esperaba de él. Quizás la inteligente observación de William Luis sobre la caída de *Lunes* refleje la situación del propio Piñera al perder su posición, a principio de los años sesenta. Como *Lunes*, que de acuerdo con Luis “no vio o no pudo percibir los cambios a su alrededor y acceder a ellos” (264), Piñera parece no haber entendido durante aquellos años que la revolución que tanto había defendido desde enero de 1959 le había cerrado las puertas tan pronto como él se las había abierto.

Traducción: Jesús Jambrina

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilú de Murphy, Raquel. *Los textos dramáticos de Virgilio Piñera y el teatro del absurdo*. Madrid: Pliegos, 1989.
- Anderson, Thomas F. *Everything in Its Place: The Life and Works of Virgilio Piñera*. Lewisburg: Bucknell UP, 2006.
- . “Hunger and Revolution: A New Reading of Virgilio Piñera’s *El Gordo y el Flaco*”. *Latin American Theatre Review* (primavera 2005): 23-38.
- Cannon, Terence. *Revolutionary Cuba*. Nueva York: Thomas Y. Crowell, 1981.
- Castro, Fidel. “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, a su llegada a la Habana, en Ciudad Libertad, el 8 de enero de 1959”. *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba*. (6 septiembre 2006) <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f080159e.html>>
- . “Four and a Half Hour TV Appearance”. (23 octubre 1959). *Latin American Network Information Center: Castro Speech Database*. 1992-2006. (15 de agosto de 2006) <<http://lanic.utexas.edu/la/cb/cuba/castro/1959/19591023>>
- . “Discurso Pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, primer ministro del gobierno revolucionario, ante el pueblo congregado en el palacio presidencial para reafirmar su apoyo al gobierno revolucionario y como protesta contra la cobarde agresión perpetrada contra el pacífico pueblo de La Habana por aviones procedentes de territorio extranjero, el 26 de octubre de 1959”. *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba*. (6 septiembre 2006) <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f261059e.html>>

- _____. “Palabras pronunciadas por el comandante Fidel Castro Ruz, primer ministro del gobierno revolucionario, en las honras fúnebres de las víctimas de la explosión del barco ‘La Coubre’, en el cementerio de Colón, el 5 de marzo de 1969”. *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba*. (6 septiembre 2006) <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f050360e.html>>
- González Cruz, Luis. “Virgilio Piñera y el Teatro del Absurdo en Cuba”. *Mester* 5/1 (1974): 55.
- González Freire, Natividad. *Teatro cubano*. La Habana: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1961.
- Luis, William. “Exhuming *Lunes de Revolución*”. *New Centennial Review* 2/2 (2002): 253-283.
- Montes Huidobro, Matias. *Persona, vida y máscara en el teatro de Virgilio Piñera*. Miami: Universal, 1973.
- Pérez, Louis A. *Cuba: Between Reform and Revolution*. Oxford: Oxford UP, 1995.
- Piñera, Virgilio. “Nubes amenazadoras”. *Revolución* (15 enero 1959): 4.
- _____. “La inundación”. *Ciclón* 4/1 (1959): 10-14.
- _____. “La reforma literaria”. *Revolución* (12 junio 1959): 2.
- _____. “Literatura y Revolución”. *Revolución* (18 junio 1959): 2.
- _____. “Llamamiento a los escritores”. *Revolución* (23 octubre 1959): 19.
- _____. “La Revolución se fortalece”. *Lunes de Revolución* (2 noviembre 1959): 15.
- _____. “El arte hecho Revolución, la Revolución hecha arte”. *Revolución* (5 noviembre 1959): 2.
- _____. “Aviso a los escritores”. *Revolución* (10 diciembre 1959): 2.
- _____. “Milicia de trabajadores intelectuales”. *Revolución* (29 enero 1960): 2.
- _____. “Infierno inesperado”. *Lunes de Revolución* (14 marzo 1960): 15.
- _____. “Espíritu de las milicias”. *Lunes de Revolución* (1 mayo 1960): 35-39.
- _____. “Señales de los tiempos”. *Revolución* (18 junio 1960): 2.
- _____. “26 de julio de 1960”. *Revolución* (18 julio 1960): 17.
- _____. “La nueva imagen del escritor cubano”. *Revolución* (13 septiembre 1960): 2.
- _____. “Notas sobre la vieja y la nueva generación”. *La Gaceta de Cuba* 1/2 (1962): 2-3.
- _____. “¿Por qué me gusta o no me gusta *Lunes*?” *Lunes de Revolución* (28 marzo 1960): 2.
- _____. “Una posición”. *Lunes de Revolución* (23 marzo 1960): 2.
- Quirk, Robert E. *Fidel Castro*. Nueva York: W.W. Norton, 1993.

Skierka, Volker. *Fidel Castro: A Biography*. Cambridge: Polity, 2000.

Szulc, Tad. *Fidel Castro: A Critical Portrait*. Nueva York: William Morrow, 1986.

Thomas, Hugh. *Cuba: The Pursuit of Freedom*. Nueva York: Harper and Row, 1971.